

Apéndice 2

El Epipaleolítico reciente o Mesolítico en la Península Ibérica. Estado de la cuestión

Lourdes Montes*

RESUMEN

El texto que presentamos supone la continuidad cronológica del de Pilar Utrilla, relativo al Paleolítico. No se pretende hacer un estudio exhaustivo de los datos, sino plantear una visión global del estado de nuestros conocimientos sobre el Epipaleolítico reciente en la actualidad, revisando y comentando los yacimientos peninsulares más significativos, siguiendo una ordenación geográfica.

SUMMARY

This essay means the chronological continuity of Pilar Utrilla's one, relating to Palaeolithic. Our aim is not to make an exhaustive study of all the information, but to express a global view of our current knowledge about recent Epipalaeolithic, by checking and commenting the more significant peninsular sites, in geographical order.

Pronto se cumplirán treinta años de la aparición en 1973 de *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, de Javier Fortea¹. Todos aquellos que de un modo u otro

nos acercamos al periodo epipaleolítico, y más especialmente a su fase más reciente, la geométrica, seguimos comprobando hoy su vigencia. Y hoy nos toca intentar esbozar una revisión ya no solo de la franja mediterránea, sino de todo el territorio ibérico. Pero lo cierto es que el punto de partida de esta reflexión reposa sobre otra porción menor de la Península, la cuenca del Ebro, especialmente sobre una serie de excavaciones que en los últimos quince años venimos desarrollando de forma directa, dirigiendo o interviniendo en ellas en tierras aragonesas, o siguiendo muy de cerca, por su proximidad geográfica, en el área vasconavarra aguas arriba, o en el marco catalán aguas abajo.

Para ello, hemos dividido el territorio en cuatro grandes áreas, atendiendo a razones puramente geográficas, pero también al estado actual de nuestros conocimientos, que nos presentan una cierta concentración de restos e información en las franjas costeras atlántica, cantábrica y mediterránea, amén de en la cuenca del Ebro, que, en sentido estricto, es tributaria como tal cuenca de esta fachada mediterránea. Espe-

en abril de 2001 como ponencia encargada para el XXVI Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Zaragoza ese mismo año. Ante la sospecha de que las actas de dicho congreso no lleguen a ser publicadas, y aprovechando la buena disposición de la organización del XXVII CNA, celebrado en Huesca en 2003, intentamos recuperar parte del esfuerzo realizado entonces publicándolo en este momento, sin correcciones ni añadidos posteriores, aun siendo conscientes de que se queda algo anticuado. Huesca, diciembre de 2004.

* Universidad de Zaragoza. Área de Prehistoria. Pza. Universidad, 3. 22002 Huesca.

¹ Es evidente la contradicción de fechas que refleja esta frase con la fecha de aparición de este escrito. Este artículo se escribió

remos que en pocos años esta división se muestre obsoleta, y los hallazgos en el interior peninsular nos permitan ir incorporando otros territorios, hoy mínimamente representados por algunos yacimientos y/o hallazgos dispersos.

Establecido el marco geográfico de una forma tan somera, hay que definir los límites cronológicos, pero sobre todo culturales, de esta revisión. Bajo la denominación de *Epipaleolítico reciente*, en ocasiones apelado como *geométrico*, y últimamente como *Mesolítico*, pretendemos englobar todas aquellas situaciones culturales previas a la neolitización, a las que ya no podemos considerar como un mero epílogo del Paleolítico superior en la bonanza climática del Holoceno. Las culturas más antiguas que se introducen en este Holoceno, llámense Aziliense, Epigravetiense tardío, Epipaleolítico microlaminar..., se caracterizan por su componente microlaminar, como ya destacara Fortea, y son consideradas como una persistencia de los modos de hacer y vivir magdalenenses en proceso de adaptación progresiva a un medio en vías de recuperación climática desde el mismo Alleröd. Por ello, suelen ser tratadas e incluidas en los estudios relativos al Paleolítico. Pero sin perder por completo su relación con este sustrato microlaminar anterior, a partir del Preboreal comienza a dibujarse una pauta cultural algo diferente, que se caracteriza en lo económico por una «especialización en la falta de especialización», si podemos decirlo así, que mantiene unas prácticas recolectoras y cazadoras pero de muy amplio espectro; en lo social, por una mayor movilidad de los grupos, quizás relacionada también con un despegue demográfico además de con la propia mejora climática, que nos permite ir encontrándolos ya de forma persistente en determinadas áreas interiores, con unos patrones de asentamiento y movilidad sobre el terreno diferentes a los reconocidos en las fases magdalenense e inmediatamente posteriores; y en lo técnico, por la tantas veces comentada incorporación del geometrismo a una base microlaminar, que persiste pero que ya no domina el espectro lítico.

Estos planteamientos tan generalistas, tanto en lo relativo a las áreas geográficas contempladas como a la caracterización cronocultural del Mesolítico, vienen impuestos en la actualidad porque a todas luces es pretencioso intentar diseñar una reconstrucción de este periodo con los escasos datos que suponen los disponibles cuando nos enfrentamos a un periodo de duración que se aproxima a los tres milenios y a una extensión geográfica tan amplia como es la Península Ibérica. Por ello, también el tratamiento más deta-

llado que demos a cada zona será necesariamente generalista, y dependerá en gran medida de la información disponible, muy variada y de características muy diferentes. En cualquier caso, hemos de felicitarnos, porque aunque consideramos escasos los datos, el panorama es infinitamente más alentador que el disponible hace tres decenios, cuando Javier Fortea se vio obligado a ceñirse al frente mediterráneo con unas bases estratigráficas muy endebles, mientras que hoy nos podemos permitir el lujo de intentar una síntesis, para la que contamos con varias decenas de lugares bien reconocidos en lo estratigráfico, con abundantes restos materiales y una importante serie de dataciones absolutas. Pero sobre todo porque en la actualidad, al menos en algunas zonas, la investigación sobre este periodo se nos muestra muy activa, frente a una situación anterior en la que todos los esfuerzos se concentraban en las fases previa (Paleolítico superior) o posterior (Neolítico), como etapas culturales de gran atractivo.

LA COSTA ATLÁNTICA

Recientes trabajos publicados para la zona portuguesa por ZILHÃO (2000b) y CARVALHO (e. p.)² sintetizan una investigación sobre el Mesolítico que arranca a mediados del siglo XIX con los primeros estudios sobre los concheros del Muge. Desde entonces, los datos sobre este periodo se han ido incrementando: hoy, el Mesolítico portugués, conocido solo en sus provincias centromeridionales de Estremadura, Alentejo y Algarve, se enmarca entre el 7910 ± 60 BP del nivel 4 de Montes de Baixo y el 5990 ± 75 BP del nivel 2a de Amoreira. Entre ambas fechas se desarrolla una amplia serie de dataciones (algo más de 40) correspondientes a ocupaciones mesolíticas de los concheros de los ríos Muge (Cabeço de Arruda, Moita do Sebastião), Sado (Arapouco, Cabeço do Rebolador, Várzea da Mó, Poças de São Bento, Cabeço do Pez, Amoreira y Vale de Romeiras) y Mira (Fiais) y de la costa alentejana (Vale Pincel, Samuqueira I, Vidigal o Medo Tojeiro). También quedan entre estos límites las fechas obtenidas para los niveles mesolíticos de algunos asentamientos al norte del Tajo: Forno da Telha, Bocas, Buraca Grande y Forno da Cal.

En su mayoría, se trata de asentamientos al aire

² Todas las referencias remiten a la bibliografía general (apéndice 3, pp. 75-97).

libre (solo Buraca Grande es una cueva y Bocas un abrigo), que presentan unas importantes acumulaciones de conchas ligadas a la explotación sistemática de moluscos y otros recursos marinos propios de los estuarios arenosos en los que se localizan, así como restos de unglados cuya carne contribuía a su dieta. La industria lítica habitual se caracteriza por la presencia importante de geométricos realizados con retoque abrupto y la técnica del microburil es significativa. Muchas de estas estaciones mantienen su identidad cultural (en lo económico, pero también en lo material), mientras en otras zonas se van instalando los primeros asentamientos neolíticos (Cabranosa, Padrão y las cuevas de Caldeirão y Pena d'Água), e incluso en alguna de ellas, como Cabeço do Pez, se observa esa persistencia de modos de vida y de asentamiento pero con la aceptación de los primeros elementos neolitizadores (aunque sea solo la cerámica).

LA CORNISA CANTÁBRICA

La tradición investigadora cantábrica se ha dirigido esencialmente al Paleolítico superior, y se ha prolongado al Aziliense como resultado de los propios registros estratigráficos de las cuevas. En lo referente a etapas más recientes, solo una manifestación propia de esta área, los concheros asturianos, ha atraído la atención de los investigadores —ver los trabajos de GONZÁLEZ MORALES (1995) y CLARK (1995)—, puesto que la facies geométrica que en otras zonas caracteriza este desarrollo mesolítico se ve limitada en la franja cantábrica a fechas muy recientes, ligándose incluso a la aparición de las primeras cerámicas, y por ende a la expansión de las modas y modos neolitizadores, aunque dicho concepto lo remitamos a su mera consideración formal y no a la económica.

Así, el Mesolítico cantábrico estaría representado en la zona asturcantábrica propiamente dicha por el pleno desarrollo del Asturiense, con fechas absolutas³ que se enmarcan entre el 8650 ± 300 de la base y el 6500 ± 200 de la parte alta del nivel B1 de La Riera. Es el caso de los registros de yacimientos como Bricia, Coberizas nivel B1, Mazaculos II nivel

1.1, o la cueva superior de Penical, por no citar sino aquellos depósitos estratificados que cuentan con dataciones absolutas. Pero, además, hay que registrar otros enclaves destacados, ya en cueva, como Cuartertero, Pechón, Cualventi..., ya al aire libre, como Bañugues, Oyambre, Suances o Rostrio-Ciriego. En todos ellos aparecen las acumulaciones de conchas que caracterizan a esta cultura, la cual parece responder a una adaptación local exclusivamente costera, de gentes epipaleolíticas cuyo instrumental típico son los pesados picos asturianos y diversos tipos de cantos tallados, ya desligado de la tradición microlaminar anterior, y que se concentran especial aunque no exclusivamente en el área de vecindad entre las actuales comunidades autónomas de Asturias y Cantabria. En cualquier caso, hay que recordar que estos concheros asturianos parecen arrancar en el tiempo algo antes (Mazaculos II, base del nivel 3.3 con una fecha de 9290 ± 400 BP), y se mantienen con posterioridad, hasta mediados del V milenio BP, según fechas de Les Pedroses (5760 ± 185 BP) o La Lloseta (4460 ± 680), recibiendo en su seno incluso las primeras cerámicas (Pendueles).

Pero además de estos registros asturianos, el Mesolítico cantábrico, especialmente en su zona oriental, se refleja en diversos yacimientos, que o bien tienen una base de explotación de conchero no relacionable tipológica y tecnológicamente con el asturiense de forma absoluta, o bien presentan escasas evidencias geométricas que en ocasiones aparecen a la par que las primeras cerámicas. Hay que destacar el tantas veces citado nivel III de Tarrerón cuya tardía fecha (5780 ± 120) muestra la persistencia de esos modos predadores.

Al parecer, el tramo cronológico inmediatamente anterior estaría cubierto por «una aparente larga perduración de la tradición aziloide» (CAVA, 1994). En cualquier caso, se trata en su mayoría de industrias todavía no bien definidas que están siendo objeto de revisión (el nivel II de Arenaza, con valoraciones muy diferentes, o el c de Berroberría, todavía sin publicación definitiva), o que van apareciendo en los últimos años, con algunos registros que podrían relacionarse con este periodo: las vecinas cuevas de Arangas (niveles 4, 3 y 2b datados entre el 8300 ± 50 y el 8025 ± 80 BP) y Los Canes (niveles 6III, 6II y 6I con fechas entre 7025 ± 80 y 6160 ± 55 BP) en Asturias, y La Garma A (nivel 2 entre 7710 ± 90 y 6870 ± 50 BP) y La Garma B (7165 ± 65 BP) en Cantabria, recopilados reciente por ARIAS *et alii* (2000), o los sitios vascos de Campo Vallado, Garazabal 2, Ko-beaga II (nivel Amck 7690 ± 270 BP) o Pareko Landa

³ Con respecto a las fechaciones radiocarbónicas del Asturiense se plantea cierto problema, puesto que la mayoría de ellas proceden del laboratorio japonés de Gakushuin (GaK), cuyos resultados están en entredicho, cuando no se aconseja su total desecho, al menos para etapas más recientes —ver Castro, Lull y Micó (1996: esp. 29-32).

(niveles I-Smk con 7510 ± 100 e Is-Smk con 6650 ± 130 BP), según información de AGUIRRE, LÓPEZ y SÁENZ DE BURUAGA (1998-2000) y ALDAY (1999).

LA FRANJA MEDITERRÁNEA

En el entorno mediterráneo, el trabajo ya citado de Fortea asignaba a la fase reciente epipaleolítica, es decir, a lo que también llamamos *Mesolítico*, el complejo geométrico articulado en dos facies diferentes: mientras que la zona septentrional era caracterizada por conjuntos industriales de filiación sauveterroide con la secuencia de Filador como ejemplo más claro, a partir del registro que la cueva de la Cocina establecía para la zona central de la costa un modelo de inspiración tardenoide.

Al norte del Ebro, la facies Filador, con un componente geométrico dominado por los triángulos, se refleja en algunos yacimientos que recogen esta tradición sauveterroide desde fechas realmente antiguas: así, el nivel 7 de Filador, con una data de 9130 ± 230 BP, o el 1 de Balma del Gai con sendas fechas de 9860 ± 400 y 10.030 ± 160 BP (GARCÍA-ARGÜELLES *et alii*, 1992). Fechas que entroncan con las anteriores y para un componente bastante diferente entregan los asentamientos también catalanes de Sota Palou, nivel 10, 9060 ± 380 y 8540 ± 180 , Cingle Vermell nivel 9+10, 9760 ± 160 o Font del Ros (PALLARÉS, BORDAS y MORA, 1997), nivel SG entre 8050 ± 150 y 8400 ± 180 , todos ellos con industrias caracterizadas por la utilización de rocas locales, soportes muy toscos y presencia masiva de denticulaciones groseras, que se podrían relacionar con las llamadas industrias *campiñoides* o *macrolíticas*, que se empiezan a conocer bastante bien en el Ebro. Al respecto, podemos citar la relativa proximidad a estos sitios de la andorrana Balma Margineda, en la cabecera del Segre, cuyo nivel 4 es un claro exponente de estas industrias, con una fecha de 8390 ± 150 BP.

Si nos ceñimos al área valenciana hoy, treinta años después del trabajo de Fortea, el elenco de registros estratigráficos de este periodo no ha cambiado mucho: se han añadido los datos procedentes de Cueva Fosca, Tossal de la Roca, Santa Maira y el abrigo de La Falguera, yacimientos que en algún caso permanecen todavía en excavación. La revisión del periodo realizada recientemente por AURA y PÉREZ RIPOLL (1995), nos muestra una serie de dataciones de algunos de estos sitios, únicas existentes para el complejo geométrico en el área, que establecen una

cronología marco en torno a mediados del VIII milenio BP: La Falguera IV, 7410 ± 70 , Tossal de la Roca I ext., 7560 ± 80 y 7760 ± 80 , para unos conjuntos dominados por la tradición tardenoide, es decir, por los trapecios, mayoritariamente obtenidos mediante la técnica del microburil y con retoque abrupto. Algunos otros niveles contemplados en ocasiones parecen ofrecer dudas respecto a su adscripción al complejo: así el IIB y el III de Fosca, dados respectivamente en 8880 ± 200 y 9460 ± 160 , o las capas IIA ext. y IIB ext. de Tossal de la Roca, con fechas entre el 8050 ± 120 y el 9150 ± 90 , conjuntos que parecen aproximarse más al complejo microlaminar que al geométrico.

En este panorama más o menos similar destaca Santa Maira, cuyo nivel III, correspondiente estratigráficamente al periodo mesolítico «intercalado entre una ocupación microlaminar en su base y una ocupación neolítica con cerámicas esgrafiadas y peinadas a techo» (AURA y PÉREZ RIPOLL, 1995: 127), no presenta geométricos, sino una industria caracterizada por la abundancia de muescas y denticulados, y algún bec. Este conjunto, anómalo en estos momentos en la zona valenciana por su singularidad, parece reflejar ese tipo de industrias existentes en algunos yacimientos catalanes, también definidas en la cuenca del Ebro.

Para todos los registros comentados, pero especialmente para los localizados en la zona central valenciana, Aura y Pérez Ripoll plantean una subsistencia basada en la caza de una amplia variedad de especies animales superior a la registrada en etapas pleistocenas, con una especialización en ciervo y cabra, un cierto aumento de rebeco, corzo y jabalí, relacionable con la mejora climática, siendo el uro y el caballo meramente testimoniales; esta dieta se complementa en ocasiones con especies menores como el conejo, aves o peces y moluscos de agua, dulce o salada, llegando a constituirse algún conchero en este periodo. Indican también los autores que, aún a falta de datos, debieron ser muy importantes los recursos vegetales.

En este marco mediterráneo, pero ya en tierras andaluzas y bastante al interior, podemos citar el nivel III de la cueva del Nacimiento (7620 BP), plenamente geométrico, y el reciente hallazgo del río Palmones, en Algeciras, todavía falto de datación absoluta pero que «se ubicaría bien en ámbitos normativos del Epipaleolítico geométrico, del tipo mediterráneo, en la línea de Cocina II pero con peculiaridades», según sus investigadores (RAMOS *et alii*, e. p.), localización que corresponde en realidad a la

zona de transición entre las costas mediterránea y atlántica.

LA CUENCA DEL EBRO

La actuación de I. Barandiarán en Botiquería de los Moros en 1974 marca un hito de inicio para una serie de excavaciones que desde entonces y de forma especialmente intensa en los últimos años se centran en la cuenca del Ebro en el periodo que discurre entre el final del Pleistoceno y el Holoceno antiguo. Fruto de esta actividad, en la actualidad contamos con una veintena de yacimientos cuyos registros se han mostrado especialmente ricos en restos industriales y en dataciones absolutas, que han permitido esbozar las recientes síntesis de CAVA (1994) y de UTRILLA *et alii* (1998) sobre el Mesolítico y la transición al Neolítico, síntesis de las que procede⁴, en esencia, el siguiente esquema para las etapas pre-neolíticas:

- Una primera fase de ocupación epipaleolítica, ligada al mundo microlaminar y por ende a la pervivencia magdalenense, que conocemos en Abautz (nivel d), Zatoya (Ib), Mendandía (V), Atxoste (VII de la zona central y e+e2 del sector occidental), Peña 14 (d), Forcas I (9 y 7) y Parco (interior), que aquí no vamos a tratar, con fechas que se remontan cuando menos al X milenio e incluso antes.
- Un segundo momento, ya mesolítico, que podemos considerar en cierto modo desligado del anterior, pues lo normal es que aparezca tras un *hiatus* estéril en las estratigrafías, que corresponde a ese tipo de restos que venimos comentando: denticulaciones groseras y mal delineadas, muchas veces inversas, sobre soportes gruesos y mal definidos, ya lascas ya *chunks* o fragmentos amorfos, a las que acompañan muescas, raederas y *écailles*, que aparecen en Mendandía (IV), Atxoste (VI y V), Kanpanoste Goikoa (III inf., con la fecha más reciente de las disponibles hasta el momento 7620 ± 80 BP), Peña 14 (b), Forcas

II (Ib), Balma Margineda (4, que con 8970 ± 120 BP, es por ahora el registro más antiguo), Los Baños (1) y Ángel (13), conjuntos para los que se dispone en la actualidad de 15 fechas que son bastante coherentes entre sí, y en Costalena (d) y Pontet (g e i) sin datar. Son las industrias que venimos llamando *macrolíticas*, *campiñoides* o *de muescas y denticulados*, y que hemos visto también algunos yacimientos catalanes (Font del Ros, Sota Palou) o valencianos (Santa Maira).

- Una tercera fase, también mesolítica, que se corresponde con el geometrismo clásico y que es la mejor documentada, con series materiales y estratigráficas que permiten ir esbozando incluso variantes locales —o regionales—, según la modalidad predominante de sus microlitos y la relación estilística de estos con los de otras áreas vecinas. Este Mesolítico geométrico, caracterizado esencialmente por la presencia masiva de trapecios con retoque abrupto, lo tenemos perfectamente datado en Mendandía (III inf.), Atxoste (IV y IIIb2), Fuente Hoz (III), La Peña (d inf.), Aizpea (I y II), Peña 14 (a), Forcas II (II y IV), Los Baños (2), Botiquería dels Moros (2), Pontet (e) y Ángel (8 inf.), y sin datar en Costalena (c3). En total, corresponden a estas industrias un total de 17 fechas absolutas que se escalonan entre el 8120 ± 240 BP de Fuente Hoz nivel III (capa 28) y el 7090 ± 340 BP del nivel IV de Forcas II, ambas con una desviación superior a la deseable.
- En realidad, y a tenor de algunos registros, podemos segregar, a partir de esta fase geométrica, una postrera etapa, que representaría aquellos conjuntos industriales que, plenamente inmersos en esta tradición mesolítica geométrica, reciben o desarrollan las primeras evidencias materiales que después se identificarán con la expansión del neolítico en estas tierras, bien la aparición del retoque en doble bisel, bien las primeras cerámicas, amén de la generalización de determinados tipos geométricos muy específicos, como los triángulos de espina central (tipo Cocina o Muge) o ciertos retoques inversos y planos proximales sobre armaduras triangulares (tipo Sonchamp), que ahora son mayoría: Mendandía (III sup.), Kanpanoste Goikoa (III), Aizpea (II y III), Costalena (parte alta de c3) y Pon-

⁴ Además de los datos allí aparecidos, se reflejan en esta revisión las novedades y fechas procedentes de las muy recientes excavaciones de Los Baños (Ariño, Teruel), dirigida por P. Utrilla y J. M. Rodanés en 1999, Peña 14 (Biel, Zaragoza), dirigida por L. Montes en 1999 y 2000, abrigo de Ángel (Ladruñán, Teruel), de P. Utrilla en 2000, y las últimas campañas de Atxoste (Vérgala, Álava), bajo la dirección de A. Alday. Gracias a todos ellos por la cesión de los datos.

tet (c inf.) como niveles bien datados, y La Peña (d sup.), Botiquería (4), Secans (Iib), sin dataciones. En realidad, si se atiende a la relación, se observa la práctica identidad de sitios con los mencionados para el geometrismo pleno, lo que indica el carácter evolutivo de esta fase y su dependencia con respecto a la anterior. Este epílogo que se desarrolla entre el 7210 ± 80 de Mendandía III sup. y el 6360 ± 70 de Kanpanoste Goikoa III, lo tenemos acotado por un total de 9 fechaciones en este momento.

Si observamos con detenimiento los datos que acabamos de exponer, nos hallamos ante un total de 14 asentamientos estratificados, que suman hasta 36 niveles mesolíticos (12 *macrolíticos*, 15 geométricos y 9 de transición) representados por 41 fechas absolutas, si no contamos con los niveles anteriores de base microlaminar. El panorama es desde luego infinitamente mejor que el de partida de los años setenta del pasado siglo, pero tampoco debemos ser pretenciosos, y hemos de reconocer que es también infinitamente mejorable en tiempos futuros.

Pese a esta reserva de inicio, lo que el estado actual de la investigación nos ha permitido ha sido diseñar en la cuenca del Ebro un modelo de desarrollo del Mesolítico, el que acabamos de exponer, que en buena parte puede explicar situaciones aparentemente inconexas en áreas próximas, pero que en absoluto pretendemos exportar y hacer extensivo en su totalidad a estas zonas limítrofes o al resto de la Península. Para establecer el modelo o, mejor, los modelos que puedan reflejar ese desarrollo, hemos de contar con una densidad de datos cuando menos parecida a la actual de la cuenca ibérica, y de momento, solo la franja atlántica, con los registros portugueses, presenta una situación similar. Por ello, hemos decidido no plantear un modelo unitario de desarrollo de esta época, ya que al considerar escasos los registros, sería nulo el resultado de ese ejercicio. Pero es que además, lo que nos muestran estas grandes áreas «ricas en registros» —sea la cuenca del Ebro, sea la franja atlántica— es que se pueden ir definiendo en su seno ciertos matices locales o regionales, que lógicamente han de mejorar en su caracterización con la incorporación de nuevos conocimientos.

Las grandes síntesis panregionales deberían realizarse a posteriori, una vez emprendidos y desarrollados con cierto éxito los análisis detallados. Pero hoy asistimos a una cierta moda de imposición de modelos, que relega la tradicional tarea de incorpora-

ción lenta y sistemática de conocimientos a partir de excavaciones arqueológicas, como si ya dispusiéramos de suficientes datos. Lo importante parece ser exponer un modelo explicativo, que arrumbe los anteriores en un rincón, muchas veces a partir de nuevos enfoques sobre la misma masa de datos a utilizar. Y ciertamente es necesario abrir esas nuevas vías de interpretación, pero ello debe ir acompañado de una renovación de datos que apoye las construcciones mentales: no todos los registros disponibles tienen igual valor, aún procediendo de actividades plenamente asumibles en su momento, pues no sólo se incorporan novedades a la forma de pensar e interpretar esos conocimientos sino también a la forma de extraerlos.

Por otro lado, un modelo lo es solo de sí mismo, al menos como explicación del devenir cultural genérico, y la continua proposición de modelos explicativos generalistas ha de verse abocada en nuestro estado actual de conocimientos a su necesaria sustitución por otros más modernos, y así sucesivamente. Si por el contrario, lo que se pretende con un modelo es explicar el desarrollo local de un fenómeno cultural, su cuándo, cómo, porqué..., el modelo puede funcionar en cuanto reflejo (aunque imperfecto) de aquel pasado, aunque lógicamente deberá ser corregido con el tiempo: todo modelo de un proceso dinámico ha de ser también dinámico, por lo que los modelos históricos están necesariamente sometidos a una continua corrección (o deberían estarlo), puesto que los procesos históricos son intrínsecamente dinámicos.

Si voluntariamente hemos dejado de lado el arranque de los tiempos epipaleolíticos, tampoco ha sido nuestra intención, en este texto, enlazar este desarrollo mesolítico con la posterior etapa neolítica. No es esta nuestra intención, y todas y cada una de las reservas que acabamos de exponer para plantear la cuestión del Mesolítico se amplían si cabe cuando lo que hemos de enfocar es el proceso de neolitización, tratado específicamente en otra ponencia. Si algo nos está mostrando la investigación en la cuenca del Ebro, con algunas fechas realmente tempranas para la aparición de las cerámicas e incluso de las innovaciones económicas derivadas de la domesticación animal y vegetal, es que no podemos plantearnos un modelo unívoco, no importa que hablemos de modelos démicos, de frentes de ola, de aculturaciones, de endoculturaciones, etc., para explicar este proceso: se pueden ver como ejemplo, además de los expuestos en los ya citados anteriormente de UTRILLA *et alii* (1998) o ALDAY (1999) sobre este época y esta zona, los distintos planteamientos al respecto de BARAN-

DIARÁN y CAVA (1992), RODANÉS y RAMÓN (1995), MONTES (1996) o UTRILLA (2002).

La cuestión es que los datos con los que contamos son insuficientes para reconstruir esa compleja etapa, y los pocos que manejamos permiten esbozar y defender modelos encontrados con la misma contundencia. Es cuestión de destacar o minusvalorar determinados puntos, práctica ampliamente extendida en las argumentaciones al uso, puesto que el elenco de yacimientos, fechas y materiales que se maneja es común a todos a los investigadores, mientras que las propuestas derivadas, en ocasiones, pueden llegar a ser contrarias por completo.

Por ello, y creyendo que dicha enunciación de modelos es necesaria, consideramos que estos no han de ser concebidos en términos absolutos, que han de plantearse como reflejo de las áreas que los alimen-

tan con sus datos, y que toda nueva propuesta debería sumarse a las anteriores buscando armonizar explicaciones, y explicar las contradicciones, que muchas veces pueden estar reflejando simplemente diferencias locales. Solo los modelos muy genéricos, es decir, aquellos que por su propia falta de precisión y detalle no choquen con los datos disponibles, pueden salvarse de estas consideraciones y, en ese caso, el modelo fracasa en su objetivo explicativo, amén de que difícilmente una consideración de márgenes tan amplios reflejará las novedades de la investigación de los últimos años: muchas teorías actuales sobre la neolitización poco difieren en esencia del concepto de «neolítico circummediterráneo» que hace casi cuarenta años consolidara BOSCH (1965a y 1965b).

Huesca, abril de 2001⁵.

⁵ Ver nota 1.